

## PAÍSES DE CIUDADES MISERIA<sup>1</sup>

La época en que vivimos asiste a un cambio histórico en el hábitat humano, ya que por primera vez más de la mitad de la población global se encontrará muy pronto residiendo, de una manera u otra, en una ciudad. Los asentamientos a pequeña escala que han sido la cuna del trabajo y de la vida campesina durante muchos miles de años –la miríada de aldeas, concentradas o dispersas, que se extienden a lo largo de las áreas rurales– han dejado de ser el hogar de la mayor parte de los seres humanos. La expulsión masiva de la fuerza de trabajo de la agricultura, notablemente acelerada durante la segunda mitad del pasado siglo, ha venido acompañada de un éxodo de los pueblos. Actualmente, 3.200 millones de personas se concentran en áreas urbanas, tanto en pequeñas como en grandes urbes. Se espera que este número alcance los 10.000 millones a mediados del presente siglo. Asimismo, este inmenso cambio se está produciendo principalmente en zonas del sur del planeta y, en los próximos veinte años, metrópolis como Yakarta, Dhaka, Karachi, Shangai o Bombay albergarán una cifra superior a los 25 millones de habitantes cada una.

Por supuesto, el fenómeno de la urbanización no es nuevo. El alejamiento forzoso de la agricultura y la salida del campo son cuestiones bien conocidas de la historia occidental de los siglos XIX y XX. Sin embargo, hasta mediados del siglo pasado esta emigración se traducía –si no de manera inmediata, al menos en un periodo relativamente breve de tiempo– en un empleo regularizado en las fábricas, en los puertos, en la industria de la construcción, en el sector público empresarial o en otras grandes empresas o sectores demandantes de una abundante mano de obra, así como también en el servicio doméstico. Otra vía de salida de la vida rural se abría a través de la emigración a países que todavía sufrían un apurado déficit de población. Los refugiados económicos huidos de Europa eran gratamente recibidos como colonos por estos Estados colonizadores, donde eran populares por su supuesta perseverancia y su espíritu emprendedor. Ellos llevaban a aquellos territorios «vacíos» la fuerza de trabajo necesaria para valorizar las nuevas y vastas extensiones de recursos naturales sin explotar que encerraban sus fronteras. Hasta hace treinta años, se suponía que esta transformación de un

---

<sup>1</sup> Mike DAVIS, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, Verso, 2006 [de próxima aparición en Akal].

modelo de producción agrario-rural a otro industrial-urbano se vería reproducida en las partes «retrasadas» del globo. Pero la idea de la industrialización como motor de la urbanización ha dejado de ser sostenible. Dificilmente puede servir para explicar por qué la inmensa mayoría de los recién llegados a las ciudades vive en áreas urbanas hiperdegradadas (*slums*), y con toda probabilidad seguirá haciéndolo durante el resto de sus vidas.

Cómo y por qué ocurre esto es lo que gráficamente se describe en el nuevo libro de Mike Davis, *Planet of Slums*. Mientras muchos estudios de casos concretos han descrito lo que significa residir en una *favela*, un *basti*, un *kampung*, un *gecekondu* o una *bidonville*, Davis brinda un retrato ajustado a escala global, situando estos barrios de chabolas en una perspectiva comparada. Asimismo, mientras los urbanistas centran sus debates acerca de las áreas urbanas hiperdegradadas en cuestiones relativas al espacio y al uso del territorio, y los defensores de las teorías del desarrollo lo hacen en la cuestión de los sistemas económicos «informales» de estas áreas, *Planet of Slums* nos permite hilvanar una síntesis histórica más amplia de ambas perspectivas. Basándose en la «auditoría global» que proporciona el informe realizado por Naciones Unidas en 2003 bajo el título «Challenge of the Slums», Davis elabora un perfil del nivel de pobreza urbana alcanzado actualmente en el mundo. En líneas generales, Bombay, que cuenta con un número de entre 10 y 12 millones de «ocupas» y de personas que residen en bloques de viviendas degradadas, constituye la capital del mundo de las áreas urbanas hiperdegradadas; por detrás se encuentran México DF y Dhaka, con una población de entre 9 y 10 millones de personas residiendo en estas áreas, seguidas por Lagos, El Cairo, Karachi, Kinshasa-Brazzaville, São Paulo, Shangai y Delhi, con cerca de 7 millones cada una. Si bien las más extensas de estas megaáreas urbanas hiperdegradadas —zonas contiguas de pobreza urbana— se sitúan en América Latina (se estima que en Ciudad Nezahualcóyotl, Chalco, Iztapalapa y otros *municipios*<sup>2</sup> del sudeste de México DF viven 4 millones de personas, y en el barrio de chabolas del Libertador, en Caracas, o en los distritos de El Sur y Ciudad Bolívar de Bogotá alrededor de 2 millones), en Oriente Próximo se pueden encontrar la Ciudad de Sadr en Bagdad (con 1,5 millones) y Gaza (con 1,3 millones); y los chamizos cubiertos con chapas de Cité Soleil, en Port-au-Prince, y del distrito de Masina en Kinshasa albergan, en cada uno de estos lugares, medio millón de almas. En India, casi 160 millones de personas residen en áreas urbanas hiperdegradadas y, en China, cerca de 190 millones. En Nigeria, Pakistán, Bangladesh, Tanzania, Etiopía y Sudán, aproximadamente el 70 por 100 de la población urbana vive en estas áreas.

La loable aspiración de *Planet of Slums* reside en ofrecer una perspectiva histórica del modelo global de estos asentamientos que pueda proporcionar, en palabras de Davis, «una periodización de las tendencias y de los acontecimientos más relevantes del proceso de urbanización de la pobreza mundial» en el periodo posbélico. En términos generales, Davis distingue una

<sup>2</sup> En castellano en el original [*N. de la T.*].

aceleración inicial del proceso de urbanización en el Tercer Mundo durante las décadas de 1950 y 1960, periodo que coincide con la supresión, tras la culminación de la independencia, de las leyes coloniales que sometían la circulación de personas al uso de diversas modalidades de pasaporte interno, especialmente en el África subsahariana; con el «acicate» de la guerra civil y de la insurgencia en América Latina, en Argelia, durante la partición de la India, o en el Sudeste asiático; y con el «reclamo» de las oportunidades de empleo que ofrecían los planes de industrialización basados en la sustitución de importaciones en América Latina, Corea del Sur y Taiwán. Davis documenta lo que él mismo denomina la «traición» de los Estados del Tercer Mundo, materializada en su incapacidad para garantizar la vivienda a sus nuevos trabajadores urbanos, que se produjo cuando los gobiernos posteriores a la independencia de África y Asia meridional, así como las dictaduras militares de América Latina, abdicaron de su responsabilidad hacia los pobres para gobernar de acuerdo con los intereses de las elites locales.

Pero el «Big Bang» de la pobreza urbana se produjo después de 1975, con la imposición por parte del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial de los Programas de Ajuste Estructural que «arruinaron a los campesinos minifundistas al suprimir las ayudas y abandonarles “a su suerte” en los mercados de bienes globales que, a su vez, estaban dominados por la agroindustria altamente subvencionada del Primer Mundo». Al mismo tiempo, estos programas impusieron la aplicación de medidas de «privatización, la supresión de los controles a las importaciones [...] y la reducción inexorable del sector público», lo cual se vio acompañado en 1976 por un giro en las políticas del FMI y del Banco Mundial –producido gracias a la influencia conjunta de Robert McNamara y de un viejo anarquista dedicado al urbanismo llamado John Turner–, que a partir de ese momento optaron por la priorización de programas de desarrollo basados en la «autofinanciación» de las áreas urbanas hiperdegradadas en vez de apostar por la construcción de nuevas viviendas; lo cual supuso, en palabras de Davis, «una considerable merma de derechos» que pronto se solidificó en el rechazo al intervencionismo estatal característico de la ortodoxia liberal. El resultado neto de este proceso ha sido un ingente incremento de la urbanización «desconectada de la industrialización, e incluso del desarrollo *per se*».

Tal como Davis documenta en su libro, las incesantes olas de *homines novi* que llegan masivamente a las ciudades exceden en gran medida la demanda existente de su mano de obra. La combinación de la ausencia de trabajo y de salarios extremadamente bajos hace que esta exhausta infantería de la economía global se vea privada de los medios básicos para la subsistencia humana. Cuando se entra en alguna de las colonias habitadas por estas personas en América Latina, en África y en Asia, es imposible no quedar sobrecogido por la extrema pobreza que reina en estos lugares. Las áreas urbanas hiperdegradadas actuales no se encuentran ya en el interior de las ciudades, como solía ocurrir en Occidente, sino que cada vez más se sitúan en el extrarradio, en un extenso cinturón donde las zonas urbanas se van abriendo paso de manera paulatina en las zonas rurales circundantes. Estos espacios intermedios tam-

bién pueden hallarse en Europa oriental, donde el Segundo Mundo se ha visto diluido dentro del Tercero, si bien conviene hacer la salvedad de que el eclipse de los «países poscapitalistas» ha vaciado igualmente, por definición, el concepto de Tercer Mundo. Una de las consecuencias de este proceso ha sido la necesidad urgente de revisar la jerga desarrollista que estuvo *en vogue* durante la segunda mitad del siglo xx, puesto que aquella breve era ha desaparecido sin dejar atrás ninguna huella permanente. Aunque el *lobby* formado por las organizaciones no gubernamentales continúa defendiendo los ideales del desarrollo, esta forma de iniciativa privada a menudo ha ayudado y auspiciado, bajo la máscara de constituir una forma de obtener más poder, la claudicación de sus adeptos a las fuerzas del libre mercado.

En la literatura oficial, como el informe elaborado por la ONU «Challenge of the Slums» citado por Davis, las características físicas de las áreas urbanas hiperdegradadas son traídas a un primer plano del análisis, pero no así sus dimensiones socioeconómicas. Tal como se define en estos documentos, un área urbana hiperdegradada es un asentamiento superpoblado integrado por personas pobres, por viviendas ilegales sin un acceso adecuado al agua potable, en precarias condiciones de salubridad y con índices de ocupación intolerablemente altos, carentes de alcantarillado y de carreteras en buen estado, y privados de un sistema de recogida y eliminación de basuras. Los títulos de propiedad de los terrenos, así como todo lo que se construya en los mismos, son oficialmente inexistentes. Los bloques de viviendas son, con frecuencia, construidos por sus propios moradores en sucesivas etapas, lo que da lugar a una variopinta muestra de construcciones, de diversas formas y tamaños, que a menudo cumplen una doble función, como vivienda y como lugar de trabajo, sin una clara demarcación entre ambas esferas. La naturaleza indistinta de estas endebles construcciones se pone de relieve en los materiales utilizados: ladrillos sin cocer, chapas de metal, tablonés, bovedillas de barro o de cemento, láminas de hojalata aplanadas, retales de plástico o de lonas, paja, planchas de amianto, sacos de yute, cartones y otros materiales de deshecho reciclados para un uso esencialmente insostenible.

Además, los ocupantes de estas chabolas tampoco son necesariamente sus propietarios. Los señores de las áreas urbanas hiperdegradadas –prestamistas, dueños de casas de empeño, tenderos, policías, oficiales de bajo rango, traficantes de drogas o vendedores de alcohol, prestamistas usureros o corredores de apuestas, propietarios de vehículos o jefes de bandas– alquilan el espacio destinado a viviendas del que se han apropiado, ya que no todos los residentes en estas áreas se encuentran en la extrema pobreza. Más exactamente, la forma de generar capital reside en recaudar cuotas, legales e ilegales, de los pobres. Un rastreo de estos flujos de trabajo y de capital revela que las áreas urbanas hiperdegradadas no constituyen un circuito separado de producción, distribución y consumo, sino que se encuentran perfectamente conectadas –cuando no supeditadas– a las actividades económicas habituales del conjunto del sistema. Al mismo tiempo, en estas zonas campa a sus anchas todo tipo de criminalidad, ya sea de origen externo o interno a sí mismas, ocupando sus habitantes en la mayoría de las

ocasiones, sin embargo, el lugar de las víctimas y no de los perpetradores. Vivir y trabajar en la pobreza implica una exposición sistemática a la violencia. La jerarquía de la privación encuentra su paralelo en la gradación de la vulnerabilidad y así las mujeres, los niños, los ancianos, los enfermos crónicos y los discapacitados reciben la peor parte.

El ciclo de vida de un área urbana hiperdegradada comienza con la llegada de la primera tanda de «ocupas». Si estos pioneros no son expulsados de manera inmediata, su número pronto empieza a crecer y sus improvisados charrizos ven paulatinamente ascender su categoría a formas algo mejores de proporcionar cobijo. Davis esboza una tipología que distingue entre asentamientos en el centro urbano o en la periferia, y entre asentamientos irregulares o regularizados. Esto último se debe a que el paso siguiente, una vez que los «ocupas» se han establecido, descansa en volcar todos los esfuerzos en conseguir la regularización de la situación jurídica de las viviendas. Este proceso puede dilatarse durante muchos años, pero, normalmente, las autoridades de la ciudad acaban dando su consentimiento a la existencia del asentamiento y hacen entrega de los documentos que lo acreditan. Por regla general, esta aceptación se produce a cambio de votos y sin asumir una recíproca obligación de proporcionar servicios básicos como agua potable, carreteras de acceso o electricidad, por no mencionar asistencia sanitaria pública o escolarización. Tal como queda reflejado en el capítulo del libro de Davis titulado «Hausmann in the Tropics», esto no es óbice para que no se produzcan desalojos, que o bien se suelen justificar con el argumento de que el espacio ocupado es necesario para la expansión urbana legal, o bien son una mera demostración de fuerza bruta con la que se expulsa a personas que ante los ojos de la generalidad de la ciudad aparecen como una molestia o cuya presencia obstaculiza el incremento del precio del suelo. Las compañías constructoras, en connivencia con el poder coercitivo del Estado, fuerzan en este caso una operación de *mise-en-valeur* en la que sus bulldozeros arrasan en una mañana lo que muchas manos habían construido laboriosamente a lo largo de meses o incluso años. Los expulsados han de volver a partir de cero en algún otro lugar.

La rotación incesante de este proletariado desarraigado en el no-lugar que se extiende entre la ciudad y el campo hace difícil elaborar estimaciones fidedignas sobre el volumen de población de las áreas urbanas hiperdegradadas. Las estadísticas oficiales reducen deliberadamente el número de «ocupas» que intentan abrirse un hueco en estas zonas hermafroditas, llamadas *desakotas* en Indonesia. Los gobiernos intentan mantener a esta ingente masa a la sombra de la luz pública –aunque sólo sea para adelantarse a futuras reivindicaciones de derechos, si es que posteriormente se produce el registro oficial del asentamiento–, mientras, por su parte, los propietarios legítimos de terreno urbano establecidos en la zona coinciden bravamente con los primeros en no aceptar a esas hordas de inmigrantes en calidad de ciudadanos. Así pues, las cifras censales deben ser leídas como cálculos restrictivos. No obstante, las estimaciones sobre el volumen de población de las áreas urbanas hiperdegradadas citadas anteriormente

son susceptibles de ser enfocadas bajo una perspectiva comparada: mientras que en las regiones desarrolladas del mundo apenas un 6 por 100 de la población urbana reside en estas áreas, en lo que todavía se denomina, a pesar de las evidencias, países «en vías de desarrollo» esta proporción aumenta hasta superar las tres cuartas partes del total de la población urbana. El cáncer de las áreas urbanas hiperdegradadas se extiende más rápidamente incluso que el ritmo de crecimiento de las ciudades.

Aunque Davis menciona los efectos de los programas de ajuste estructural, no entra de lleno en la crisis del campo y en las razones por las que un número creciente de personas está siendo incapaz de mantener una forma de vida rural. Resulta razonable sostener que los pocos afortunados que se las arreglan para encontrar un domicilio fijo y un empleo regular y por tiempo indefinido en realidad viven mejor en estas mega-áreas hiperdegradadas de las ciudades. La suerte de los millones de personas que vagan por las zonas desoladas de la ciudad, donde acaba el campo y comienza ésta, es más discutible. Por otro lado, aparte de estas personas itinerantes o que van dando tumbos de un lugar a otro de esta extendida periferia urbana, es decir, gente que ha abandonado un sitio pero sin haber llegado a otro, hay un número todavía mayor de personas que no pueden ser definidas como emigrantes en una sola dirección, en la medida en que el término indica al menos una salida prolongada del ámbito rural. En cierta ocasión en que tuve que realizar un trabajo de campo en Java y en Gujarat, constaté sorprendido la existencia de una forma singular de circulación de la fuerza de trabajo en la que los trabajadores se ven obligados a abandonar su entorno habitual en el campo durante parte del año y a regresar nuevamente al mismo cuando finaliza la oferta de empleo estacional. Este modelo consistente en un incesante ir y venir se ha convertido en un rasgo destacado de la economía irregular. El resultado de todo ello es que el paisaje del no-lugar se halla habitado por personas de un no-lugar que son absorbidas y expulsadas de nuevo en función de las necesidades del momento. Otro importante desarrollo en este proceso ha sido el vertiginoso incremento de áreas hiperdegradadas en las zonas rurales, integradas por una clase supermarginada y sin tierras de su propiedad, que ha dejado de ser necesaria en la economía agrícola pero que carece del dinero y de los contactos necesarios para aventurarse fuera de su propia localidad segregada. Se trata de un problema acuciante, pero de ningún interés para los responsables de la formulación de los planes de intervención o para los políticos. En su lugar, prefieren seguir preconizando el «objetivo del milenio» de reducir la pobreza a la mitad en quince años, a pesar del hecho de que ya han transcurrido siete desde que se adoptó la declaración oficial de esta misión y todas las tendencias discurren en la dirección errónea.

¿Cómo hacen, entonces, los habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas para conseguir su sustento? Davis aborda esta cuestión analizando tanto las condiciones de trabajo como las relaciones laborales existentes en el ámbito de la «economía informal». Este concepto vago, susceptible de ser aplicado, en mayor o menor medida, a cuatro quintos del total de la fuerza de trabajo, fue acuñado a principios de la década de 1970 para señalar que las masas de cam-

pesinos que irrumpen en las ciudades no son empleados de fábricas o de otros lugares de trabajo estructurados y regulados, sino que se ganan la vida mediante una amplia gama de trabajos ocasionales, no cualificados y mal remunerados, careciendo de poder suficiente para exigir medida alguna de seguridad o de protección. Esta actividad eventual se consigue en trabajos realizados tanto por cuenta ajena como por cuenta propia, ya sea en la propia casa, pateando las calles o aprisionados en pequeños centros de trabajo de superexplotación. Su fuerza de trabajo se encuentra diseminada a lo largo de todos los sectores de la economía, como la industria y la artesanía, el menudeo y el transporte, la construcción y los servicios, o una combinación de todos los anteriores. En algunas ocasiones, poseen sus propias herramientas, así como otros medios de producción; en otras, les son alquiladas o proporcionadas por sus empleadores o por los agentes de éstos. Los apóstoles del fundamentalismo de mercado alaban esta forma de organización como la mejor estrategia para paliar la pobreza. En los escritos de Hernando de Soto, así como de otros autores, la masa ingente de trabajadores en la economía irregular es retratada como un grupo de pequeños empresarios excluidos de la oferta crediticia regular debido a que cualquier propiedad que posean carece de acreditación registral. De acuerdo con esta línea de pensamiento, la extensión de los microcréditos a estas personas por parte de los bancos en las condiciones generales del mercado les permitiría incrementar su productividad y, de este modo, les ayudaría a escapar de su precaria existencia.

Estas propuestas no son sino versiones del modelo de autosuperación inspirado por el barón Von Münchhausen. Davis se opone a esta «solución» sosteniendo que se trata de un mito creado y difundido por el Banco Mundial y por sus valedores para responsabilizar a los desposeídos de la miseria en la que continúan viviendo y trabajando. Este amplio segmento de la fuerza de trabajo empleada en la economía irregular constituye un ejército de reserva de mano de obra susceptible de ser contratada y despedida sin ningún tipo de control. Igualmente, tampoco son negociables las condiciones de trabajo, caracterizadas por la extrema prolongación de la jornada laboral, a la que suceden largos y erráticos periodos de desempleo; por las prácticas que fuerzan a menores y a ancianos a participar en el proceso de trabajo; o por la subyugación de las mujeres, así como de otros colectivos que dependen de los dictados del cabeza de familia. Y, todo ello, por el salario más bajo posible. En definitiva, nos encontramos ante un régimen de flexibilización despiadada del que la autoridad pública, en consonancia con la doctrina neoliberal, ha desaparecido en tanto que poder con capacidad reguladora y renunciado a mantener siquiera la ficción de servir al equilibrio entre los intereses del capital y de la fuerza de trabajo. La privatización y el repliegue del Estado han acarreado la evacuación de la esfera pública que solía brindar un contrapeso a la desenfrenada disciplina del mercado.

¿En qué modos articulan y afirman sus intereses los propios moradores de las áreas urbanas hiperdegradadas? La imagen tradicional de estas áreas es, después de todo, la de unos volcanes humeantes esperando para entrar en erupción. En efecto, y tal como señala Davis, existe una mirada de vectores de

resistencia, pero basta un estudio introductorio para revelar su parquedad. Davis indica acertadamente que la población de las áreas urbanas hiperdegradadas alberga una apabullante variedad de respuestas frente al abandono y la privación en que vive, que abarca desde las iglesias carismáticas y los cultos proféticos a las milicias étnicas, las bandas callejeras, las ONG neoliberales y los movimientos sociales revolucionarios. Las filas de sus habitantes no están cerradas, sino divididas a lo largo de líneas marcadas por la religión, la casta, el clan y la tribu, o por meras identidades regionales. Tal vez un factor más paralizante resida en la fragmentación del trabajo a lo largo de un enorme abanico de ocupaciones eventuales y de modalidades de contratación laboral de carácter temporal, ya que frustra la formación de una conciencia basada en una unidad social y de clase. Y, en última instancia, no puede olvidarse el papel desempeñado por el Estado, que condena todo acto desesperado de rebelión contra la opresión y la explotación como una violación de la ley y el orden. Las explosiones de descontento, efectivamente, se producen –por ejemplo, a raíz de un aumento del precio del pan o de los billetes de autobús–, pero en general presentan un carácter bastante espontáneo, localizado y fugaz, en vez de organizado y sostenible, apelando a lealtades verticales en lugar de a una solidaridad horizontal.

¿Cuáles son las implicaciones geopolíticas de un planeta repleto de barrios de chabolas? La idea de *une classe dangereuse* en un modelo globalizado, alimentada con el horizonte catastrofista de una «anarquía venidera» por parte de autores como Robert Kaplan, ha venido para quedarse. Los países ricos aspiran a protegerse frente a esa amenaza cerrando y alambrando sus fronteras. La migración masiva hacia territorios «vacíos» o despejados ha dejado de ser una opción para aquellas sociedades que quieren deshacerse de personas que son más un freno que un activo para la productividad. Actualmente, los refugiados económicos alcanzan las costas de las tierras prometidas como refugiados huidos por mar, o bien trepan las vallas y atraviesan a pie el desierto perseguidos por las fuerzas del orden público o por grupos privados organizados. De manera análoga, los emigrantes comunes y corrientes que acaban en un área urbana hiperdegradada de su región de origen también son representados como una amenaza para la seguridad global.

Davis establece un paralelismo revelador entre «la tectónica brutal de la globalización neoliberal desencadenada desde 1978» y «los procesos catastróficos que conformaron el “Tercer Mundo” en sus orígenes», durante los años del imperialismo decimonónico que exploró en su obra de 2001, *Late Victorian Holocaust*:

A finales del siglo XIX, la incorporación forzosa al mercado mundial del gran campesinado dedicado a la agricultura de subsistencia de Asia y África acarrió la muerte por inanición de millones de personas y el desarraigo de sus hábitats tradicionales de decenas de millones más. El resultado final (también en América Latina) fue una «semiproletarización» rural, esto es, la creación de una enorme clase global de semicampesinos y de jornaleros empobrecidos carentes de una seguridad existencial mínima sobre su subsistencia [...]. Al parecer, este ajuste estructural



ral habría efectuado una reconfiguración igualmente fundamental del porvenir humano. [Por lo tanto] en lugar de ser un foco de crecimiento y de prosperidad, las ciudades se han convertido en un vertedero de población excedente que realiza los trabajos mal pagados, de baja cualificación y sin ningún tipo de protección ofrecidos por la industria de los servicios y el mercado de la economía informal.

A estas consideraciones habría que añadir que la nueva revolución liberal también ha asistido al retorno de un tipo de neodarwinismo social difundido a escala global. En la versión anterior, los pobres, y no la pobreza, eran estigmatizados como seres deficientes: si llevaban vidas miserables se debía a que eran incapaces de asumir las riendas de las circunstancias en las que eran obligados a mantenerse. La inclinación instintiva entre «las personas civilizadas» a compadecerse de estas calamidades, según advertía esta misma teoría, les brindaba un apoyo y una protección carentes de justificación y, en definitiva, al suavizar el juego natural de las fuerzas sociales, la sociedad moderna había cargado sobre sus espaldas el peso de una subclase parasitaria. En el epílogo de *Planet of Slums*, titulado «Down Vietnam Street», Davis cita algunos textos en los que se advierte una vuelta a la defensa de esta corriente de pensamiento de finales del siglo XIX, acompañada del reconocimiento tácito de que las actuales políticas sociales y económicas harán imposible solucionar el problema de la pobreza a gran escala. Al igual que en la era victoriana, «la tajante criminalización de los pobres urbanos es una profecía que acabará realizándose si se actúa de acuerdo con sus postulados, siendo inseparable de un futuro de guerra interminable en las calles». Desde mediados de la década de 1990, los teóricos militares estadounidenses han venido instando a la preparación para un «combate prolongado» en las laberínticas calles prácticamente infranqueables de las ciudades pobres del Tercer Mundo. Tal como la revista editada por el Army War College de Estados Unidos describía en un artículo de 1996 titulado «Our Soldiers, Their Cities»:

El futuro de la guerra se halla en las calles, en los alcantarillados, en elevados bloques de viviendas, y en las barriadas de casas extendidas de manera incontrolada que conforman las deterioradas ciudades del mundo [...]. Nuestra historia militar más reciente está jalonada de nombres: Tuzla, Mogadisco, Los Ángeles [!], Beirut, Panamá, Hué, Saigón, Santo Domingo. Estos enfrentamientos no han sido, sin embargo, más que el preámbulo del auténtico drama que todavía está por venir.

Estos nombres son los de las ciudades, pero el verdadero peligro acecha en sus vastas áreas hiperdegradadas donde viven las masas alienadas y rabiosas. En opinión de los investigadores de los gabinetes de asesoramiento estratégico de la administración estadounidense, «las fuerzas de seguridad deberían abordar el fenómeno sociológico de las poblaciones excluidas». Davis corrobora el contenido de esta documentación aportando citas, obtenidas de fuentes del Pentágono, en las que se defiende la necesidad de crear programas de emergencia para resistir «un estado de guerra mundial de baja intensidad y de duración indefinida contra sectores delictivos de las poblaciones pobres de las ciudades». De manera bastante acertada, Davis concluye que este modo de pensar revela el auténtico «choque de civilizaciones».